

Jeromin

10 Cts

AÑO VI.—NUM. 288

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)
MADRID.—ALFONSO XI, 4.—APARTADO 466

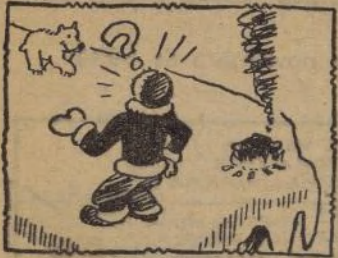
15 de noviembre de 1934



IDEA SALVADORA



El valiente explorador se puso a cocinar sobre el "ice-berg" la comida del día, y cuando más contentito estaba, pensan-



do en las patatas guisadas que se iba a tragar, vió venir a lo lejos un oso espantable, que, sin duda, deseaba también par-



ticipar en el banquete, que para el valiente explorador iba a resultar banquetazo. Pero el valiente explorador no se dejaba



cazar así como un pajarillo, y aprovechó el agua congelada para deslizarse por ella, dejando al oso feroz con tres palmos de narices.

VERDADES Y MENTIRAS

...sa moues...
El filósofo Antístenes, para que el pueblo le admirase, se vestía con miserables prendas y llevaba, haciendo ostentación, una capa sordida y rota.
Un día lo encontró Sócrates por la calle, y le dijo:
—No se puede negar que tus



vestidos son pobres y modestos; pero yo veo perfectamente tu orgullo a través de los firones de tu capa.

Fabulilla en prosa

La corneja fué a ver al ruiseñor, y le dijo:

—Quisiera recibir de ti algunas lecciones de canto. Estoy dispuesta a pagarte los honorarios que quieras.

—Lo creo—respondió el ruiseñor—; pero yo no puedo darte las lecciones que deseas.

—¿Por qué?

—Permíteme que me lo calle... podrías ofenderme...

—De ninguna manera. Dímelo sin reparos.

—Pues bien, oye: No quiero darte lecciones de canto, porque... no entenderías nada ni sacarías ningún provecho...

—¿Me lo figuraba!—murmuró la corneja sonriendo—. ¡Tienes miedo de que te salga un competidor!

Muchos hombres discurren lo mismo que la corneja.

La sed de Alejandro

En una de sus campañas, Alejandro Magno y sus soldados tuvieron que sufrir una gran sed. Durante muchos días habían caminado bajo un cielo de fuego, sin el alivio de gustar una sola gota de agua.

Por fin, un soldado encontró en la concavidad de una roca un poco de agua y se la llevó al general.

Alejandro reunió a sus tropas, y les dijo:
—Animo. Esta agua demuestra que no estamos lejos de alguna fuente. ¡Estamos llegando al fin de nuestros sufrimientos! Resistid un poco más, con valor y paciencia, los sufrimientos que vuestro general comparte con vosotros.



Y diciendo esto, derramó al suelo el precioso líquido, mientras todo el Ejército aplaudía el heroico ejemplo del rey.

El rey y los huevos

El rey Jorge I de Inglaterra pasó cierto día por un poblado holandés. Mientras relevaban los caballos, el Rey pidió dos huevos frescos.

Cuando el intendente real pidió la cuenta, el hostelero pidió por los huevos doscientos florines.

Sorprendido por tan exagerado precio, el intendente contó la cosa al rey, el cual hizo llamar a su presencia al hostelero, y le preguntó:



—¿Tan raros son por aquí los huevos que por un par de ellos pedís doscientos florines?

—No, señor—respondió el hostelero—; aquí no son raros los huevos; son raros los reyes...

Jorge I sonrió a tal respuesta, y mandó pagar los doscientos florines.

Un hombre de ciencia asegura que la estatura y el peso de los niños que van a la escuela aumenta en proporción a las dimensiones de las casas donde viven.

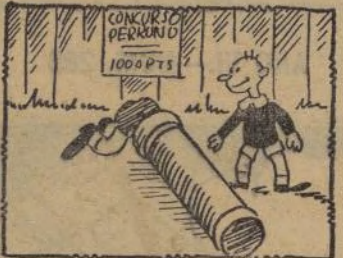
Un individuo que vive en Bangkok tiene un ganso que hace perfectamente el oficio de perro de ganado.

Está tan bien enseñado, que cuando se acerca alguna persona extraña, se pone a chillar, imitando a las mil maravillas el sonido de una sirena de automóvil.

PREMIO EXTRAORDINARIO



Pilo y Palo eran dos íntimos amigos, que no tenían ni cinco para ir al "cine", que constituía su debilidad; pero vien-



do anunciado un concurso canino, en el que concedían el premio al ejemplar más raro de cuantos perros se presenta-



sen, decidieron presentarse ellos, y con la ayuda de un tubo fabricaron el más raro ejemplar que darse pueda: con este ejemplar único, el primo de



Pilo condujo a la exposición al nuevo ejemplar canino, que obtuvo un triunfo clamoroso y se llevó el premio sin discusión alguna.

EL PERRITO DEL GUARDA



Tadeo acababa de condimentar su cena, y sabiendo que por aquellos contornos merodeaba el "Bragas", un fiero representante de la raza felina, encargó a su perrito que mientras él iba a comprar pimienta, cuidase de la comida y la defendiera de los ataques del "Bragas", dado caso que a éste se le ocurriera venir por aquellos contornos. Y, efectivamente, no tardó en presentarse el "Bragas", y el perrito del guarda,



fiel a su consigna, defendió el asado con todas sus fuerzas; pero por culpa del rabo estropeó la cena del pobre guarda, como podéis ver gráficamente en el grabado.

LOS MARAVILLOSOS VIAJES DE GULLIVER

CAPÍTULO VIII (Continuación)

Respondió también el Rey de Blefuscu al mensajero del Emperador de Lilliput, que con mi ayuda se estaba reparando un prodigioso navío, que había sido hallado sobre la ribera, capaz de transportarme a cualquier parte, y que antes de muchos días exoneraría yo mismo a los dos Imperios de una carga tan pesada.

Con esta respuesta se retiró el diputado, y después me refirió el Rey de Blefuscu todo el caso, ofreciéndome al mismo tiempo (confidencialmente y con reserva) su graciosa protección si quería quedarme en su servicio. Aunque no dudase yo de toda la buena fe de la proposición, estaba resuelto a no volverme a ligar con Príncipe ninguno, ni sus ministros, en escapando de aquella; por cuya razón, habiendo manifestado a Su Majestad mi justo agradecimiento al favor de sus intenciones, le supliqué humildemente me diese su licencia para retirarme, mediante que mi fortuna, mala o buena, me ofrecía aquel barco en que debía abandonarme al Océano, primero que exponer a un rompimiento a dos Soberanos tan poderosos. Advertí que no se ofendió de



mi discurso, ni la determinación fué mal recibida de la mayor parte de sus ministros.

Estas consideraciones me empeñaron a acelerar mi viaje, y la Corte, que lo deseaba, se apresuró a despacharme.



Quinientos trabajadores fueron destinados a hacer dos velas, para mi chalupa, de los lienzos más fuertes que se encontraron, doblados trece veces y acolchados después; yo era el director, y, entre tanto, fabricaba cuerdas y cables uniéndolos diez, veinte o treinta de los más gruesos que ellos tenían. Una gran piedra que por fortuna encontré al pie de la ribera, después de una larga pesquisa, me sirvió de an-

cla; y acopiando el sebo de trescientos bueyes pude carenar mi embarcación y surtirme para otros usos. No me costó menos fatigas el corte de maderas para remos y árboles, escogiendo las vigas mayores de sus bosques; bien que me ayudaron los carpinteros de los Arsenales Reales.

Al cabo de un mes, poco menos, cuando estubo todo dispuesto, fui a despedirme de Su Majestad y recibir sus órdenes. Salí de Palacio con toda la Real Familia para concederme el honor de besar sus manos, que con efecto logré en iguales circunstancias que otras veces, y, por último, me regaló el Rey cincuenta bolsillos con doscientos Sprugs o monedas del país cada uno, grabado su retrato de cuerpo entero. Tomélos sin detención y los puse dentro de un guante porque no se me perdieran.

Cargué mi chalupa de cien bueyes, trescientos carneros, pan y bebida a proporción, y una cierta porción de carne cocida tan suficiente como que cuatrocientos cocineros se habían empleado en prepararla. También recogí seis vacas y dos toros vivos, y otras tantas cabezas de ovejas y moruecos con la idea de llevarlos a mi país para que procreasen, y me previne de heno y trigo. No me hubiera costado mucho trabajo llevarme igualmente media docena de gente del país; pero el Rey no lo permitió, y, además, de un exactísimo registro de mis faltriqueras, Su Majestad me exigió palabra de honor de

no consentirlo, aunque sus vasallos lo pretendiesen.

Dispuestas así todas mis cosas, me hice a la vela el 24 de septiembre de 1701, a las diez de la mañana, y habiendo hecho cuatro leguas hacia el Norte, con viento sudeste, a las seis de la tarde descubrí una pequeña isla que tendría casi media legua de latitud Noroeste. Proseguí y eché el ancla en aquella parte de su costa que me pareció más resguardada del viento; pero no hallé señales de estar habitada. Tomé refresco, y me eché a descansar. Dormí cerca de seis horas, pues apenas se pa-



sarían dos más después de despierto cuando principió a romper el alba; me desayuné, y, siendo el viento favorable, levanté el ancla y seguí la misma ruta que el día anterior, guiado de mi brújula de faltriquera. La idea era dirigirme, si podía, a una de aquellas islas que creía, con razón, situadas al Nordeste de la tierra de Van-Diemen. (Continuará)

toñín y toñón CUENTO



Erase una vez un pobre muchacho que no tenía papá ni mamá y vivía solito en una especie de cabaña, donde no había ni ventanas. ¡Figuraos, el pobrecito!

Llamábase Toñín, y todos, en aquella comarca, le querían mucho. Frecuentemente los campesinos iban a buscarle.

—Toñín, ¿quieres venir a segar heno con nosotros?

—Toñín, ¿quieres venir a la trilla?

—Toñín, ¿quieres venir a vendimiar?

Y Toñín iba a segar, y a trillar, y a vendimiar, y así se ganaba la vida.

He dicho que todos querían mucho a Toñín? Pues bien; no todos le querían bien. Había alguien que no le quería, y este alguien era el ogro Toñón, que, por desgracia, vivía en las cercanías. Un ogro espantoso, con unos dientes más largos que los de un lobo y unas manazas que parecían hechas para arrancar montañas. Era rico, muy rico; tenía casas, cortijos, rebaños y una enorme cantidad de corderos y gallinas, de las que se alimentaba exclusivamente, porque le placía sobremanera la carne tierna. ¿Qué



daños podía, pues, hacer Toñín a Toñón?... ¿Un niño tan pequeñito y tan pobrecito, a un ogro tan grandazo y tan rico?... Ninguno; pero era cierto que Toñón no podía sufrir a Toñín y que cuando lo veía de lejos se mordía los dedos de rabia y murmuraba: "¡Si te cojo, qué cena tan exquisita voy a hacer!"

Pero no podía cogerle nunca, porque Toñín era listo y ligero como una ardilla, y aún no divisaba al ogro a una legua, cuando desaparecía en un abrir y cerrar de ojos.

Entonces Toñón se fué a ver a un cuervo amigo suyo, un cuervo maligno, que vivía por aquella región haciendo de espía, de salteador y de otros oficios por el estilo.

—Querido cuervo—le dijo Toñón—; si consigues que yo pueda atrapar a Toñín, te convidaré a comer. ¡Y qué comida te voy a dar! Como no la has comido en tu vida...

Ante aquella promesa, el cuervo sacudió de contento sus alazas negras y dijo:

"Tenlo por seguro. Yo te entregaré a Toñín."

Y desde aquel día se puso a perseguir a Toñín disimuladamente, a espiarlo con tanta insistencia, que por fin un día lo descubrió cuando se hallaba encaramado, tan tranquilo, en una higuera, dándose un atracón de higos.

El cuervo no perdió ni un minuto y salió disparado a enterar a Toñón.

—Toñín está en una higuera! Toñín está en el huerto de junto al río! Pronto, pronto, no pierdas tiempo!...

El ogro Toñón se puso sus zapatos de paño que no hacía ruido y salió con el cuervo...

Cuando llegó cerca de la higuera, comenzó a llamar a Toñín, burlándose de él:

¡Toñín, chiquitín;
baja de ese arbolito
y tráeme un higueto!

¡Figuraos el susto de Toñín! Se vió



completamente perdido, con su enemigo al pie del árbol, y aquel maldito cuervo que se reía descaradamente y sacudía sus alazas negras. Toñín cerró los ojos y se dejó coger. El ogro Toñón lo atrapó, lo metió en un saco y se lo llevó, seguido del cuervo, que iba haciendo: "¡Cra... cra... cra...! Toñín ha cogido por fin a Toñín! ¡Cra... cra... cra...!"

Cuando llegó a su casa, Toñón tiró el saco en un rincón y se fué a la cocina a encender fuego y preparar la cena. Y mientras tanto iba diciendo satisfechísimo: "¡Qué rica cena me espera, qué rica cena me espera!"

En cuanto al cuervo, se había ya sentado a la mesa esperando el banquete.

Entre tanto, Toñín, dentro del saco, sin acobardarse, trabajaba con uñas y dientes, hasta que a fuerza de roer y arañar, sin meter ruido, logró hacer en el saco un agujero, que fué agrandando, agran-



dando, hasta que por él pudo pasar su cuerpo. De puntillas, conteniendo el aliento, se escapó de la habitación. Trepó escaleras arriba hasta el desván y salió al tejado. Pero de allí no podía huir.

(Continuará)

LOS TRES AVENTUREROS CONTINUACIÓN



Blake y sus compañeros, al verse descubiertos por los bandidos, se aplastaron contra el techo del vagón y rompieron un fuego infernal contra los asaltantes. Estos, sorprendidos ante resistencia tan inesperada, retrocedieron buscando refugio en las trincheras que se alzaban a ambos lados de la vía, para desde allí repeler la agresión. Aquellos momentos



por los techos de los vagones hasta llegar al tender.

En aquellos momentos los bandidos abrieron fuego sin hacer caso de los gritos que partían del tren, porque dentro de los vagones viajaban muchas mujeres y niños. Algunos viajeros, animados por el ejemplo de los valientes aventureros, que tendidos en los techos de los vagones sostenían valerosamente el

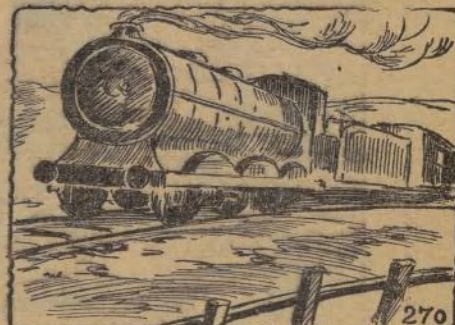


sores del convoy. Y en aquellos momentos el tren comenzó a deslizarse lentamente; era Blake que, habiendo llegado hasta la máquina, había puesto el tren en movimiento.

Los atacantes, al ver que se les escapaba la presa que ya consideraban segura, hicieron nutridos disparos, causando algunas bajas en los pasajeros. Pron-



de incertidumbre fueron aprovechados por el valiente detective para dirigirse a sus compañeros: «Manteneos firmes y sostened bravamente el fuego unos segundos»—le dijo a Polo—. «Qué va usted a hacer?»—preguntó con ansiedad el golfillo—. «Ya lo verás»—repuso el policía—, y con la pistola entre los dientes se deslizó, como una sombra,



ataque, empuñaron también sendas pistolas y se unieron a nuestros tres aventureros, seguros de que no podían esperar piedad por parte de los criminales, caso de que éstos consiguieran el triunfo.

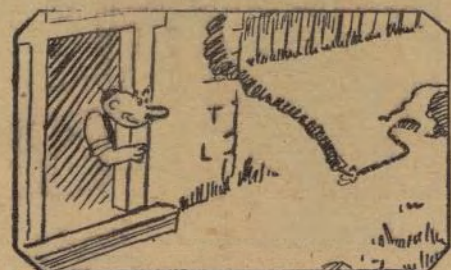
Los bandoleros, enfurecidos ante esta resistencia, y deseando acabar pronto, rompieron un fuego infernal que fué contestado con denuedo por los defen-



el convoy dejó atrás a sus asaltantes, y nuestros amigos, satisfechos de haberse salvado, se abrazaron sobre el techo del vagón y allá, a lo lejos, vieron alzarse sobre un montecillo una sombra fatídica que alzaba los puños haciendo una señal amenazadora: era el miserable Wu-Chun que no perdonaba aquella nueva derrota.



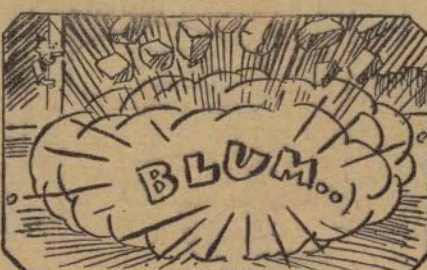
Historia de una explosión de muchísima emoción.



Y se esconde en el portón, esperando la explosión.



Don Pepe quiere quitar unas piedras del solar.



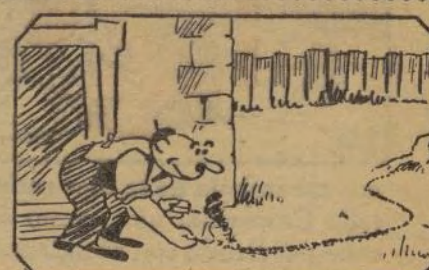
Estalla con ruido horrendo aquel petardo tremendo.



Y carga con gran esmero un estupendo mortero.



"Sin daño lo he conseguido", exclama el muy presumido.



Pólvora en el suelo echa para que sirva de mecha.

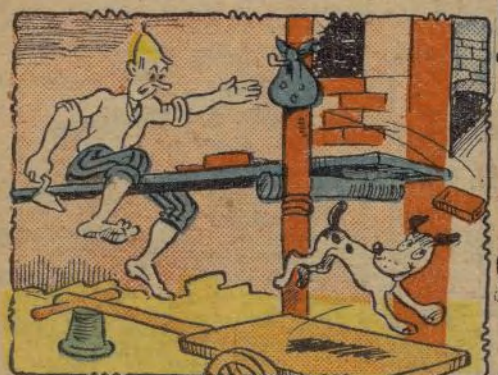


Y las piedras, de regreso, le responden en el "seso".

CASCARILLA ES UNA ARDILLA



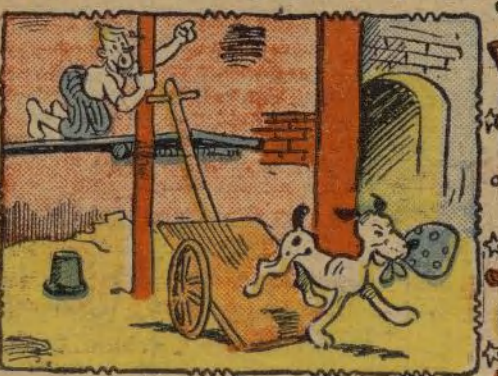
Cascarilla había encontrado un nuevo empleo, el de albañil; pero el fiero Menguquito acechaba, como



siempre, la ocasión de apoderarse de lo ajeno. Cascarilla se dio cuenta de la faena del chuchito, y le



largó un ladrillazo, que, si le agarraba, le descuartizaba, y al querer Menguquito evitar el golpe, se apropió



por carambola de la merienda del infeliz Cascarilla, que, como siempre, salía perdiendo con Menguquito.

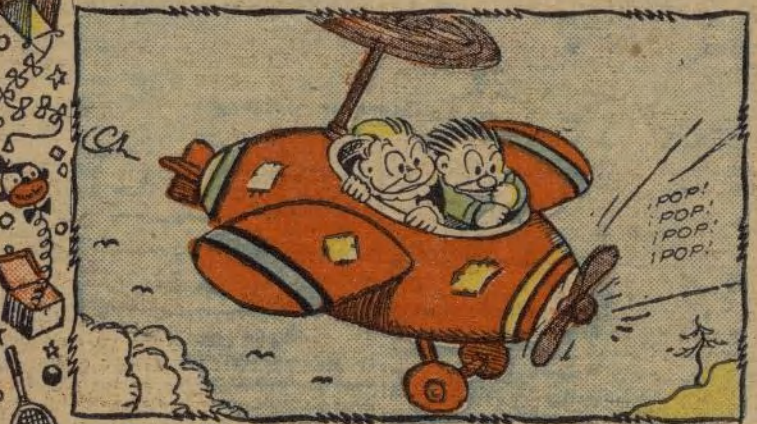
HAZANAS AL ALIMÓN DE TARUGO Y PERDIGÓN



Como si fueran escamosos pececillos, así fueron trasladados los prisioneros hasta la casa-móvil del inventor, a quien acompañaban Terre-Moto y el dueño de Catalina, la mula sabia, todos contentos y satisfechos.



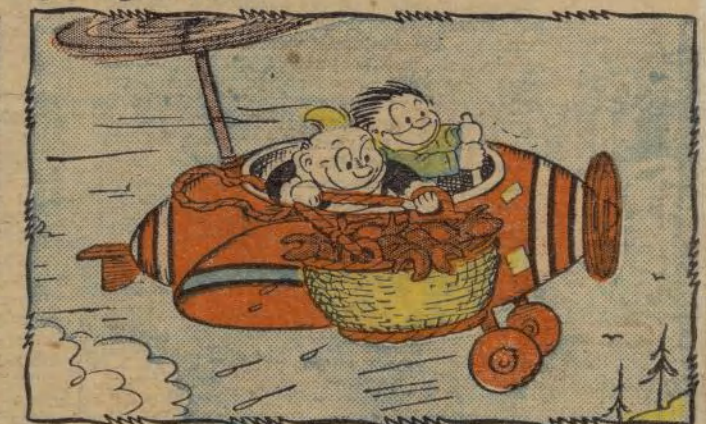
Y cuando más contentito estaba contándolas, un garfio lanzado desde el aerostato se enganchó en el cesto, y las langostas desaparecieron a la vista del moreno, que no explicaba qué era lo que allí había sucedido.



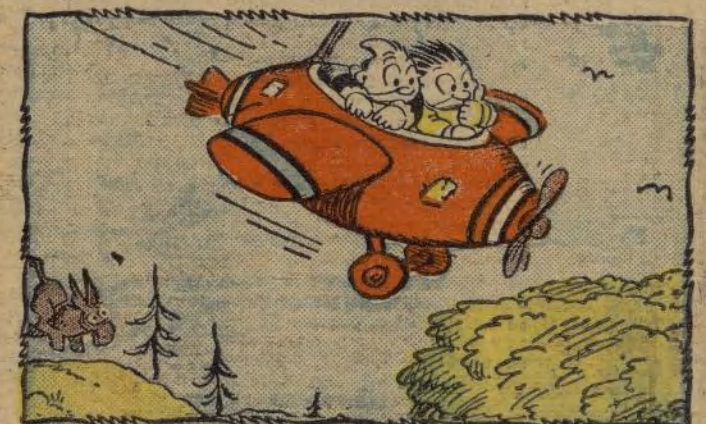
Los pilletes comenzaban ya a cantar victoria, cuando se dieron cuenta de que no todo era color de rosa, al comprobar que el aerostato comenzaba a descender vertiginosamente, falto por completo de gasolina.



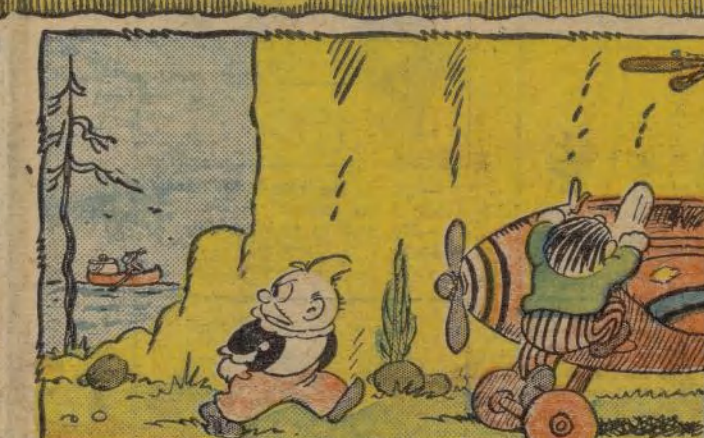
Y poco después, el capitán había descargado sus iras sobre las retaguardias de los pilluelos, a quienes dejó para el arrastre. Luego el sabio inventor invitó a sus amigos a pasar a su casa en espera de que llegase Tizón.



Los pilluelos, una vez que hubieron despojado a Tizón de su botín, se elevaron tranquilamente y más contentos que unas pascuas, pensando en la que iban a organizar a costa de las epidermis de sus enemigos.



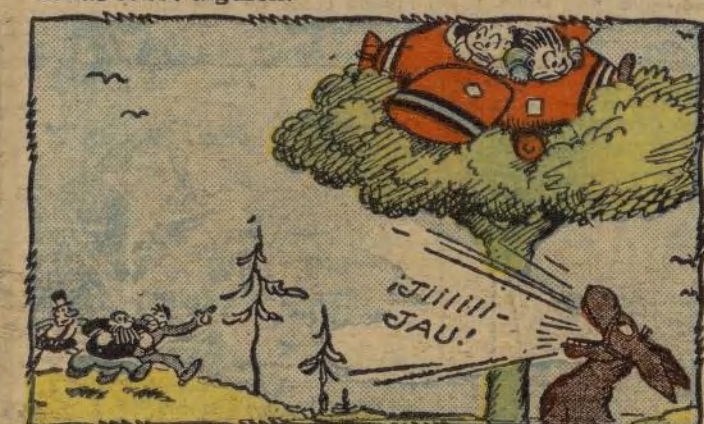
El aeroplano del inventor siguió bajando, y Tarugo, haciendo un viraje más peligroso que el ácido sulfúrico, consiguió aterrizar sobre un árbol frondoso, evitando de esta manera capotar y hacerse puré contra el suelo.



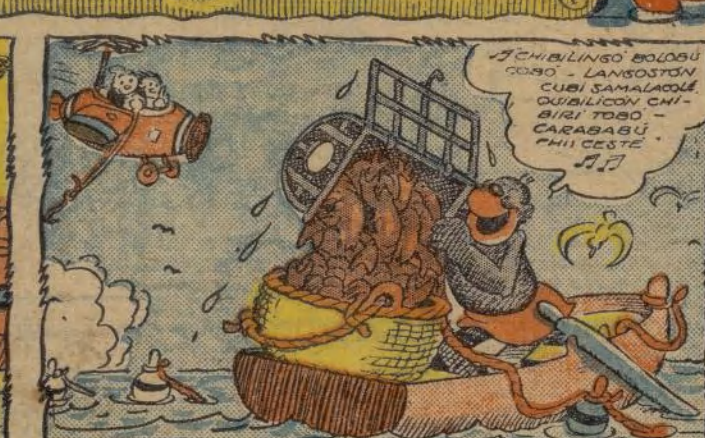
Los pilletes "guiparon" a Tizón que, tranquilamente y con gran habilidad, pescaba langostas, y pensando como siempre en vengarse, se apoderaron del aerostato de Pérez Oso, que ya manejaban como expertos pilotos.



Haciendo una pirueta elegantísima con el aerostato, se colocaron sobre el tragaluz de la casa-móvil, y dejaron caer por él la carga de langostas, las cuales, muy molestas, estaban deseando echar sus tenazas sobre alguien.



Pero no habían contado con la huésped, y la huésped era la mulita, que "les tenía ganas" a los pilluelos, y, atisbándolos en su escondrijo, comenzó a llamar la atención de su amo y amigos para que vinieran.



Tizón, que era el "as" de los pescadores de langostas, había hecho ya una buena provisión de ellas, y pensaba regocijarse en el regreso a casa de su amo, sin darse cuenta del peligro que se acercaba por los aires.



Y segundos después, la batalla de San Quintín era un juego de niños. comparado con la sesión que se organizó en la cabaña y fuera de la cabaña, pues las langostas se liaron a "sacudir estopa" de lo lindo.



Y, en efecto, con el placer de la venganza retratado en el rostro, Pérez y compañeros mártires, llegaron a todo gas, y, al instante, muy satisfechos de tenerles en sus manos a los pilletes, comenzaron a proceder a su captura.

REPOLLO CARA DE BOLLO



Repollo iba muy contento, porque le habían regalado unas manzanas, que eran precisamente su debilidad, y



contentísimo de su suerte, se puso a jugar con ellas, haciendo preciosos juegos malabares, sin darse cuenta de



que el centinela del cuartel era un estupendo malabarista de verdad, que, cuando Repollo se apercibió de que

Risa para la semana con "Laura" la charlatana



Don Fielato, decidido a explotar las dotes de anunciante de la parlanchina Laura, le propuso al dueño del restaurante "La Chuleta" que



se la alquilase para divulgar las excelencias de su establecimiento, cosa que entusiasmó al dueño de la fonda.



Laura, muy contenta de que fuesen aprovechadas sus aptitudes, pensó que su deber era anunciar por toda la ciudad la fonda de su amo.



Y, ni corta ni perezosa, se coló en la fonda de don Cebollino, rival del dueño de "La Chuleta", y se puso a vocear dentro, como si tal cosa.



Don Cebollino, al ver que en su misma casa aquella atrevida se ponía a anunciar otro establecimiento, lanzó contra ella a los camareros.

las manzanas habían volado, ya las tenía él en su poder, y se marchaba tan tranquilo con ellas,



Y el dueño de la fonda "La Chuleta" vió aparecer a la flamante Laura, que, hecha unos zorros, venía a dimitir su nuevo empleo.

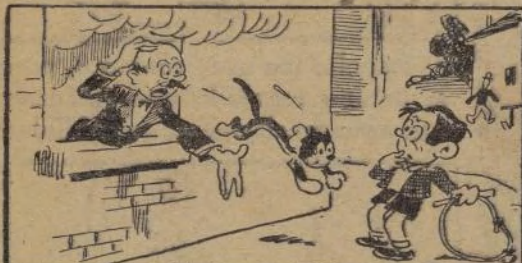
UNA TRAGEDIA FAMILIAR



Doña Tula había hecho limpieza general en los rajes de su esposo, y decidió quemar todos los papeles, marchándose luego a realizar unas compras. Como es natural, los papeles formaron, al quemarse, una gran humareda, y don Tulo, que



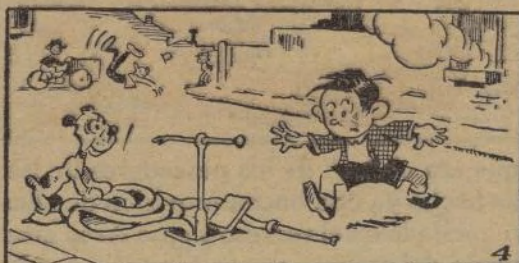
llegaba en aquellos momentos, se creyó que un fuego terrible devoraba su casa, con la misma facilidad que un hambriento podría devorar un bocadillo doble de jamón. Don Tulo, que sabía que el fuego lo quemaba todo—qué listísimo era don



Tulo—, salió a la calle dando voces estentóreas de "¡Fuego! ¡Fuego!" Tulo, que estaba jugando a que se aburría mucho, oyó las voces del autor de sus días, y, con aquel prodigio de cabeza que tenía, que era talmente un melón de Villacanejos, escapó como un rayo escapado, y se encaminó a



del nene, además de bañar "a modo" a su padre, puso el gabinete que parecía una piscina, ante la indignación de doña Tula, que al regresar de sus compras y ver la catástrofe que habían organizado en su domicilio, se caló el "chapeau", requirió



una cañería próxima, con ánimo de contribuir a la extinción de aquel fuego misterioso que se había declarado en su domicilio. Y, en efecto, segundos después, Tulo enchufaba la manguera al gabinete, donde don Tulo proseguía dando voces, y aunque ya el fuego se había acabado, el animal



el paraguas y entró en su casa dispuesta a pulverizar a su esposo y hacerse un manguito con su piel. ¡Pobre don Tulo, la que se había buscado con su miedo ante el terrible "fuego"!

ATENCION

Dentro de unos días, se pondrá a la venta el magnífico extraordinario
ALMANAQUE JEROMIN 1935

Constará de CINCUENTA Y DOS grandes páginas, bellamente ilustradas con preciosos dibujos. Historietas, cuentos, pasatiempos, páginas especiales de Félix, Tarugo, Repollo, don Severo, etc. Apresúrese a verificar sus pedidos

ANTES DE IR AL HIPODROMO

FIN.

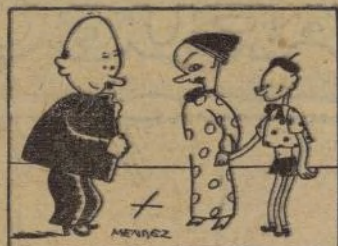
CINEMA Jeromin

DESPUES DE IR AL HIPODROMO

FIN.

AMENIDADES

Bimbete está muy "mosca", porque no encuentra a Félix, y es que el gatito, que hoy está de muy buen humor, se está



—¿Se le ha quedado corto el traje a su nene?
—No, señor; es que él ha creído.

juergueando a costa del nene. Todo esto y mucho más lo ha reflejado fielmente el lápiz asombroso del pequeño artista de once años, José María Abarca López, de Lérida.



Mi mamá sale en seguida; está poniendo la escoba detrás de la puerta.



Pepita Rodríguez nos envía, desde Tolosa, esta maravilla de dibujo; y no podemos por menos de emocionarnos al mirar lo bonito y lo bien hecho que está. Decididamente, Pepita es una artista de cuerpo entero.



Francisco Cáceres es un jerominista madrileño, más "salao" que una tonelada de mojamá, y nos envía hoy este precioso dibujo, bellísima estampa de unos holandesitos, con su molinito y sus zanquitos. ¿Veis qué bonito?



El señor corto de vista.—El busto no está mal; pero encuentro algo raro en las piernas.

Diariamente se transmiten por todas las líneas telegráficas del mundo cerca de diez millones de despachos.



Félix se peina los bigotes, y lo hace con tal gracia que nos hemos revolcado de risa, y nos apresuramos a felicitar al autor del dibujo, el niño de 10 años y madrileño, Pepito Pastor.

JEROMIN EL PRINCIPE AZUL

La obra ideal para chicos y grandes continúa triunfando clamorosamente en el teatro FUENCARRAL, y constituye, por su gracia fina, amenidad e interés, el éxito del año. Chicos y grandes ríen a carcajadas las mil incidencias.

LUIS SAGI-VELA Y ELADIO CUEVAS encarnan maravillosamente los personajes de JEROMIN y REPOLLO, y hacen, en unión del resto de la GRAN COMPANIA LIRICA ESPAÑOLA, un espectáculo de arte y cultura de

EL PRINCIPE AZUL
Apresúrese a ver esta obra magnífica
TODOS LOS JUEVES Y DOMINGOS en el TEATRO FUENCARRAL
Teléfono 31.204

Se ha puesto a la venta el precioso cuento "EL PRINCIPE AZUL". Consta de 16 páginas, lujosamente editadas, con fotografías y dibujos magníficos. Se remite a provincias, franco de portes, al precio de treinta céntimos, y con un descuento del 20 por ciento, a los que pidan más de 10 ejemplares.

PIDA HOY MISMO EL PRECIOSO CUENTO

"EL PRINCIPE AZUL"
Editado por JEROMIN

Don Simplón y Dinamita



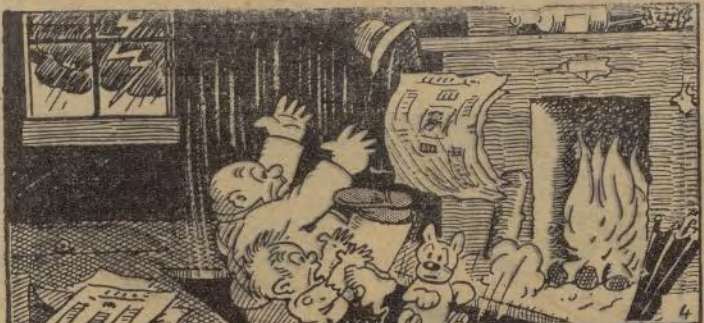
Don Simplón, Dinamita y el animalito del nene se acomodaron en la casa misteriosa, con la misma tranquilidad que si estuvieran en su propio domicilio.



El animal del nene se puso a leer en un recorte de periódico, pues, aunque no lo parecía, el nene sabía leer, aunque no sabía montar en bicicleta, que son cosas distintas.



Y el nene le dio a don Simplón un periódico en el que se anunciaba un premio de diez mil pesetas al que capturase al bandido "Pasos cortos". "¡Bah!" dijo despectivamente.



Mas aún no había concluido su exclamación, cuando el suelo se hundió bajo sus pies, y hombre, perro y nene cayeron en lo profundo de una trampa sobre la que se habían sentado.



Y cuando dieron con sus huesos en el suelo, contemplaron al feroz "Pasos cortos", que les contemplaba sonriendo sanguinariamente: "¡Conque yo soy poco para vosotros, ¿eh?"



"Y lo primero que voy a hacer con vosotros—prosiguió—es arrancaros el pellejo a tiras, pulverizaros, haceros papilla, desmenuzados, y después, si queréis, podéis iros..." (Continuará)

BAJO EL IMPERIO DEL TERROR

AVENTURAS DE UNOS MUCHACHOS EN EL PARÍS REVOLUCIONARIO

PRIMA

ana tentativa.

Volviendo a ver qué ha sido de nuestro amigo el marqués de Latour en su viaje, camino de Viena. El pobre anciano caminaba, sin duda, como se le había dicho, bajo la amenaza de un enemigo invisible; pero, seguramente, también bajo la protección de otro genio invisible, por cuanto en ninguna parte le faltaba hospedaje confortable, suculenta comida y cómodos carruajes.

Pero su enemigo no le perdía de vista. Aquel embozado de la capa se le aparecía en todas partes, en misa, en los corredores de las hospederías, en las sendas de los caminos. Sucedió un día que



obedeció, y ya en tierra se vió rodeado de una turba, que le miraba hostilmente y le dirigía sordas imprecaciones intranquilizadoras. Entre la turba pudo ver al hombre de la capa, que por señas hablaba con otro oficial. Rodeado de aquel gentío, que se iba engrosando, llegó por fin a las Casas Consistoriales. Allí había una partida de hombres armados y capitaneados por un hombre gigantesco, que ceñía un enorme espadón. El oficial introdujo al Conde en el edificio, mientras los de la calle arremolinaban en sus gritos hostiles.

Introducido en un gabinete, sentóse nuestro amigo en un sofá, al amor de la lumbre, y a poco,

después de unos pocos momentos del descanso que se había tomado mientras lo arreglaban, vino el cochero a decirle que estaba ya compuesto por un desconocido, embozado, que había hecho el trabajo como si en su vida hubiera tenido otro oficio.

—El tunante—pensó el Marqués—tiene órdenes de acabar conmigo en algún sitio determinado, y me cuida hasta llegar a él. ¡Pero como le llegue a echar la vista encima!

Al caer de una tarde entró en la ciudad alemana de Neuburgo. Llamóle la atención que, a poco de entrar, parase el carruaje. Un oficial, de uniforme, abrió la portezuela y le invitó a que le siguiese en nombre de la seguridad. El anciano le

por una puertecilla excusada, penetró un personaje como de sesenta años, vistiendo una toga, signo evidente de su autoridad. La conversación entre ambos ancianos fué larga e interesante. El de la toga mostróse admirador de la Revolución francesa, e invitó al Marqués a renegar de sus creencias e inscribirse en sociedades secretas, que, según él, habían de dispensarle valiosa protección. Ocioso es decir que nada pudieron sus sofismas contra el temple del anciano proscrito.

Viéndose, por fin, vencido, el magistrado terminó diciendo:

—Pudiera entregaros a vuestra suerte; pero



queremos demostraros nuestra generosidad. Dad gracias a "esa vieja" que os protege. De lo contrario, hubierais ya caído en manos de una partida que os aguardaba. Ahora podéis partir seguro. Todo lo tenéis preparado.

Un cochero, que se le presentó, le condujo por pasillos oscuros hasta una puerta falsa de la casa. En el zaguán vió, entre las sombras, a dos hombres que luchaban. Uno era el del espadón y el otro el embozado de la capa, que había caído e iba a recibir un golpe mortal de su contrario. Un sentimiento de piedad le hizo acudir en auxilio

del caído. Pudo éste escabullirse de su adversario, y desapareció velozmente.

—Vaya si ha tomado a pecho que no le vea la cara!—se dijo el anciano. Y se dirigió hacia el coche que le esperaba. Pero como el estribo era alto, iba a pedir ayuda al cochero, cuando sintió que un brazo vigoroso lo metía en el coche casi en volandas. Volvió la cabeza para ver quién le dispensaba tal favor, y sólo pudo ver el revuelo de una capa que desaparecía detrás del carruaje...

(Continuará.)

PASATIEMPOS

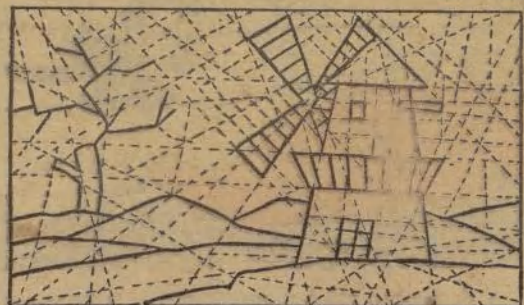


Con los nombres de los objetos dibujados, formad los nombres de dos capitales de España.



¿Cuál de las cuatro niñas es la dueña de la muñeca?

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



Ved el melancólico paisaje que puede quedar dibujado suprimiendo trazos del laberinto de líneas que publicamos.

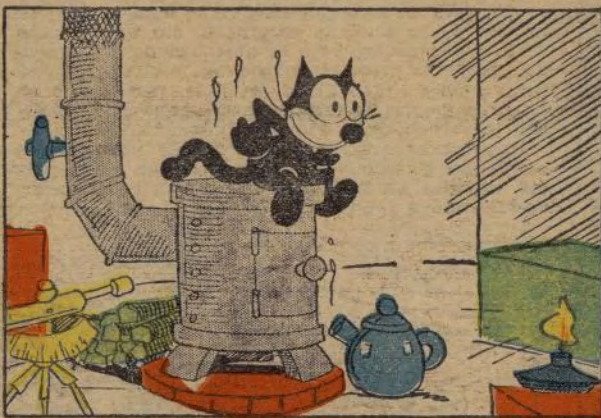


Ahora podéis leer cómodamente lo que dicen los puntos colocados en las líneas horizontales, y siguiendo la línea de trazos que los une.

ANDANAS DE GATO FELIX



Félix, cuando pudo meterse en el refugio, se sintió feliz, y comenzó a calentarse en la estufa, relajándose por anticipado del hinchón de comestibles que se iba a dar en cuantito llegasen sus amos y le vieran.



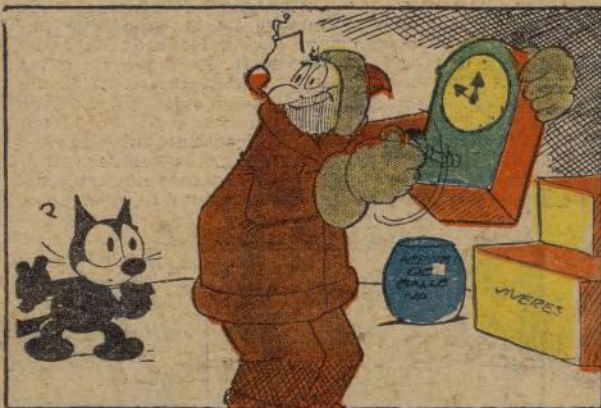
Más contento que unas castañuelas, y, como tenía frío atrasado de varios días, se montó sobre la estufa, a punto de achicharrarse, pero tan satisfecho de poderse calentar, aunque se chamuscara y resquemara el cu...tis.



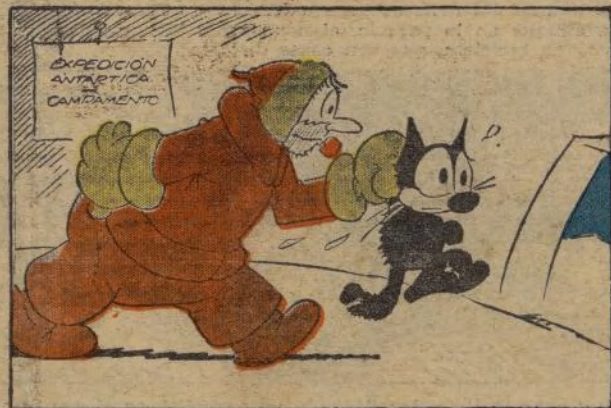
Los exploradores regresaron a poco y comenzaron a realizar cálculos y cáablas sobre los mapas. Félix, al ver que no le hacían caso, comenzó a escamarse mucho, recelando que aquellos tíos feos le iban a hacer algo malo.



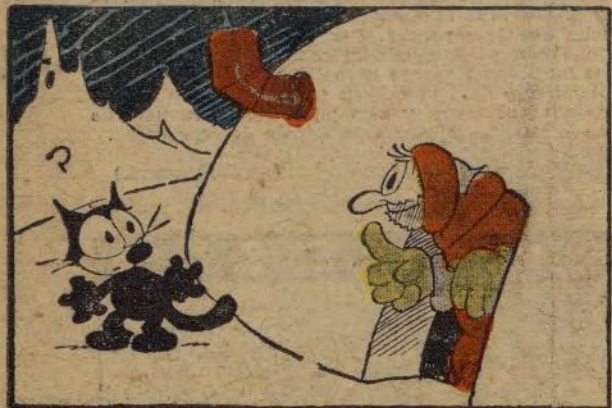
Pronto un explorador comenzó a bostezar, y Félix estuvo a punto de gritarle: "¡Eh, amiguito, acuérdate de que estoy aquí yo y tengo un hambre como para repartirla a siete gatos y quedarme corto todavía!"



Mientras tanto, el otro tío feo y desagradecido de explorador comenzó a darle cuerda al despertador y a preparar las cosas que preparan los hombres cuando llega la noche y piensan acostarse hasta el día siguiente.



Y, una vez que hubo realizado los menesteres, el tío feo del explorador cogió al gatito por el morrillo, y, abriendo la puerta de la casa, se dispuso a ponerle de patitas en la calle sin consideración ninguna.



Y, efectivamente, el tío feo, requetefeo, del explorador, superfeo y archirrequetefeo, le puso de garritas en la "rue", al tiempo que murmuraba: "Ahi te quedas hasta que sea de día, preciosidad con orejas en punta."



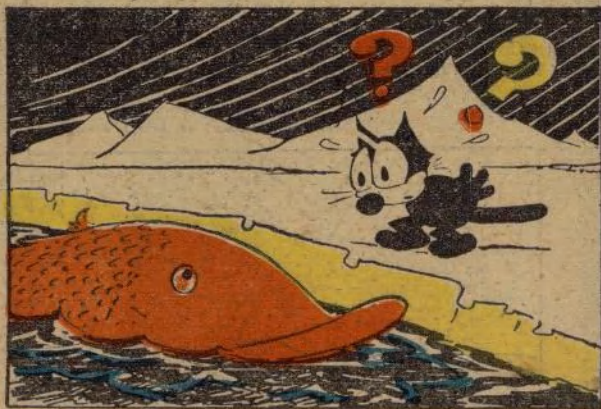
Y echó el candado a la puerta. "Así te ahogues, criminal!"—murmuró Félix. Y luego, optimista como siempre, comenzó a consolarse pensando que una noche se pasa pronto, y el tío feo le había dicho que le recogería de día.



Pero de pronto, una idea terrible le asaltó la tapadera. El explorador le había dicho, en efecto, que al día siguiente le recogería. ¡Pero es que en el Polo las noches duraban seis meses! ¡Horror, terror y furor! ¡La diñaba!



Con los ojos cegados por el frío, las garritas hechas en carámbano, las patitas arrugadas y el morrete reteso, Félix comenzó a notar que se congelaba, y comenzó a dar saltos y cabriolas para entrar en calor.



Y de pronto vió que un pezote se paraba a la orilla del témpano y le decía con voz de bajo profundo: "¡Hola, Félix! Te conozco y quiero salvarte." "Anda, mi madre—rumió Félix—, si hasta los peces me conocen. ¡Qué gusto!"



Y, en efecto, el pezote comenzó a nadar, llevando a Félix sobre su lomo, y el gatito comprendió que estaba salvado. La aventura del Polo concluía. ¿Pero qué nuevos peligros esperaban ahora a nuestro amigo?

(Continuará)